

Leamos juntos

Herbert Tico Braun / University of Virginia

Estamos todos en las mismas, más o menos. Nos dedicamos a recuperar a los seres humanos viviendo sus vidas en el pasado y en el presente y hasta en el futuro. Esto lo hacemos los novelistas y los poetas, los pintores y los escultores, los cuentistas y los cantores, los antropólogos y los economistas y los historiadores, y los politólogos y los sociólogos, y otros también. ¿Nos conocemos, los unos a los otros? Unir lazos entre los colombianistas de diferentes disciplinas es ahora el anhelo de la Asociación. Fuimos creados por críticos literarios, aquéllos que nos explican lo que escriben los novelistas y los poetas y los ensayistas. Aunque ahora somos más interdisciplinarios, pienso que no nos conocemos mucho, no solo los colombianistas, sino los intelectuales y los académicos en general. No estoy diciendo algo novedoso o sorprendente. Más que repetir un lugar común, quisiera tratar de ser algo provocador. Pero antes de meter la pata, debo reconocer que yo no leo de todo. Leo historia, antropología, y literatura, y algo de psicología social. Rara vez leo a politólogos y a sociólogos, aunque prefiero a los colombianos que a los otros porque son menos especializados. De vez en cuando leo a críticos literarios, pero solo porque me gusta la literatura y necesito a veces una ayudita. De economía no sé leer casi nada.

Ahora bien, nosotros los que “hacemos” historia y ciencias sociales leemos novelas. Lo hacemos para divertirnos, para pasar el rato, la larga noche —es ese el fin de la literatura, ¿o no?— y para poder conversar con cierta cultura en nuestras reuniones amistosas. Podemos hablar con los críticos literarios, aunque no a su nivel. Pero lo que he sentido año tras año es lo poco que los novelistas y los críticos literarios leen a los historiadores y a los que se dedican a las ciencias sociales. Esto es simplemente una impresión personal. Y la excepción confirma la regla, claro está. No digo que los críticos literarios no saben de la historia del país, sino que no nos leen. Varios de nuestros colegas parecen estar convencidos de que somos aburridísimos, y no pocas veces se equivocan. Además, ese es el lugar común, ese, el de que son los novelistas los que escriben la historia de Colombia y de América Latina. Ahora, quisiera saber, por ejemplo, si nuestros colegas que analizan *Cien años* leen el artículo del historiador Eduardo Posada Carbó, “History as Fiction,” sobre las diferentes interpretaciones que existen de la matanza de las bananeras. Y de paso recomiendo otro texto provocador de ese mismo historiador, *La nación soñada*, y no tan solo por tener un título literario. ¿O los trabajos sobre la United Fruit de Marcelo Buceli y sobre la vida diaria en la Macondo no novelada de Catherine LeGrand? ¿O los discursos algo demagógicos de Jorge Eliécer Gaitán viajando por los pueblos de las laderas del Magdalena, hasta llegar al cemento del Congreso en el centro de Bogotá para denunciar ante el país por la radio, ya casi nacional, al General Carlos Cortés Vargas y al gobierno conservador de Miguel Abadía Méndez? Y ahora acaba de salir a la venta el libro editado por Mauricio Archila Neira, Mauricio Torres-Cendales y Leidy Jazmín, *Bananeras: Huelga y Masacre 80 años*, que incluye un ensayo de LeGrand, y varios sobre lo histórico y lo novelado de este evento.

Confieso que he leído todas o casi todas las novelas del novelista político radio-emisor Gustavo Álvarez Gardeazábal, especialmente *Cóndores*. Y agradezco que mi recordado amigo José Eduardo Jaramillo Zuluaga haya publicado un artículo mío en la colección *Veinte años* de la Asociación, que se basa en esa novela y que pretende imaginar la vida de Agripina, la desconocida esposa del pájaro matón conservador valluno León María Lozano, en Tuluá. No lo digo para alabarme, porque bien puede ser un escrito malísimo, al no ser ni literatura ni historia, sino para notar que he hecho el intento de unir en algo literatura e historia. En ese ensayo me pregunto ¿qué es el novelar y el historiar?

Muchos novelistas nos revelan continuamente mucho de nuestra historia, no solo cuando escriben novelas históricas, sino también cuando la historia casi no aparece en sus textos, cuando nos ofrecen un momento lleno de vivencias, de personajes. Pienso en Rafael Baena quien nos ha regalado hasta el momento dos novelas históricas, la segunda todavía más anclada en los detalles del pasado. En *Tanta sangre vista*, en la página 145, describe lo que los historiadores rara vez se han atrevido a aseverar: “Acostumbrado a lo largo de su vida a vencer todo tipo de dificultades y predicamentos, Peregrino decide ir a buscar su mochila y la de Ricardo hasta la posada, pero antes de partir pide que por favor le den un cuarto en el ala de la casa destinada a la servidumbre. No lo expresa en voz alta porque no quiere ser descortés, pero los peones como él siempre deben saber cuál es su lugar porque de otro modo no podrían conservar su dignidad en medio del despiste, la confusión, y la pérdida del sentido de la distancia.” Esa histórica búsqueda de cómodas distancias jerárquicas entre los colombianos se puede relatar con menos dificultad en los textos de literatura que en los manuscritos de historia.

Unámonos los colombianistas alrededor de la lectura de algunos textos. Leamos juntos. Para comenzar, sugiero dos. No son novelas, pero casi; tienen mucho de historia, sin ser escritos por historiadores académicos. *El palacio de justicia, una tragedia colombiana*, es un relato histórico escrito por una heroica periodista colombo-irlandesa, Ana Carrigan, en parte a título personal, que se lee como si fuera una novela. Es una visión desde afuera y desde adentro de lo que realmente ocurrió en el palacio en esos días de noviembre de 1985, hasta nuestros días. Y *El olvido que seremos* del novelista, ensayista, y periodista Héctor Abad Faciolince, un amoroso testimonio que nos cuenta su tragedia vivida y relata cómo eran esos años ochenta en Medellín y en Colombia. Dicen que es el libro más vendido en Colombia desde *Cien años*.

¿Qué tal si en la página web de la Asociación, ahora felizmente recuperada por María Mercedes Jaramillo, abrimos un espacio para identificar libros y artículos que todos queremos leer?